

—¿Qué quereis?—dijo descansando en un sitial y sin ofrecer asiento al indio.

—En primer lugar dijo el indio—tomando tambien sin ceremonia otro sitial y sentándose—aconsejaros que no seais tan confiado: si como soy un hombre de bien fuera un asesino, encerrado con vos os podria matar impunemente.

—Probad á hacerlo—dijo desdeñosamente el padre Salazar.

Su interlocutor le miró con asombro y con curiosidad.

—En fin, no vengo á eso; haced lo que mejor os plazca, señor: ¿me conoceis?

—No recuerdo; sois de los nuestros, y lo demas no me importa.

—Flaca memoria teneis; anoche hemos hablado.

—¿Adónde?

—Despues de la reunion.....

—Entonces, sois.....

—Garatuza, para servir á usía, á Dios y á todo lo bueno.

—¿Garatuza?

—El mismo.

—A fe que no os miro un dia igual á otro.

—Os he dicho que son mis ardides; tengo mucho que temer del rey y del Santo Oficio.

—Pues guardad.

—Inútil consejo, que bien me guardo: en fin, vengo á ver si os sirvo de algo, que me enfada el estar ocioso.

—Sí que servís, y mas en estos momentos.

—Mandadme.

—Oid: me importa, es decir, importa á nuestra causa saber lo que se habla en palacio; pero no por el vulgo de la servidumbre, sino por los altos personajes: ¿podreis averiguarlo?

IX.

En que se refiere lo que hizo Martin Garatuza por servir al Padre Salazar.

AL separarse de su hermano el Padre Salazar se dirigió á su casa, y al llegar al zaguan de ella, descubrió un indio, con el pelo cortado sobre la frente con la figura de un cerquillo de fraile, y sobre las orejas dos mechones largos que le llegaban casi hasta los hombros, segun la moda de todos ellos, y que llamaban de balcarrotas ó balcarrias.

Aquel hombre, miserablemente vestido, se acercó al Padre Salazar y le dijo humildemente, pero háciendo brillar un anillo de plata en el dedo índice de la mano izquierda:

—Buenos dias.

—Dios los enviará—contestó el Padre Salazar, procurando inútilmente recordar el nombre, el rostro, la figura, la voz de aquel afiliado.

—¿Qué quereis?

—Hablar quisiera con su señoría.

—Pasad—contestó el Padre—y seguidme.

Entraron al patio, subieron las escaleras, y el Padre entrando en su aposento se encerró en él con el indio, sin dar muestras ningunas de temor ni desconfianza; el padre Salazar tenia un temple de acero.

—Os prometo saber y contaros lo que digan el virey y el pesquisidor.

—Mucho prometer es ese.

—Y lo vereis cumplido; ¿no mas?

—No mas.

—Corre de mi cuenta. Y Martín se levantó.

—¿Os vais?

—Sí, que no debo perder instante. Dios os guarde.

Y sin esperar respuesta, Garatuza salió de la casa, dejando confuso á Don Alonso con su actividad.....

Preparábase en aquella tarde un suntuoso banquete, con que el cabildo obsequiaba al nuevo virey; las cocinas y el comedor de palacio hervian literalmente de gente; cocineros, marmitones, lacayos, curiosos, todos en confusion, iban, venian, se estorbaban, se empujaban, reñian entre sí: el lacayo que atravesaba precipitado conduciendo una fuente con dulces, se encontraba con el cocinero que venia de ver el efecto que hacian los pavos rellenos, y en el choque caian los dulces por un lado y la obligada gorra del gordo cocinero por otro; y allí era el regañar del uno y el disculparse del otro, y el aprovecharse en la cuestion los muchachos recogiendo los dulces: todo era confusion y ruido, y apenas entre aquella especie de tumulto se escuchaba la voz del mayordomo, que dictaba sus órdenes como si estuviera en mitad de un combate.

De repente se advirtió un lacayo mas lujosamente vestido que los otros, y que se llegó al mayordomo gravemente como investido de una mision elevada, y le dijo parándose delante de él:

—Dispense usía, ¿es acaso usía el jefe que dispone los arreglos del banquete?

El mayordomo, que era un simple comisionado del cabildo de la ciudad y empleado de un órden inferior, al oirse llamar usía tan respetuosamente por un lacayo tan bien vestido, y esto en presencia de un concurso tan numeroso, miró con cierta simpatía á su interlocutor, y contestó con mucha afabilidad:

—Yo soy; ¿qué se ofrece?

—En primer lugar—contestó el lacayo—servir á usía, y en segundo, hacerle presente que yo me llamo Benjamin y soy el ayuda de cámara de S. E. el señor virey mi amo, que gusta siempre de que yo le sirva; y como todos los señores de alta alcurnia tiene algunas ideas que aun no le conocen los demás de la servidumbre que ha puesto usía, aunque por otra parte, como escogidos por usía, deben valer mas que yo.

—Siendo así—contestó el mayordomo sintiendo lisonjear su amor propio con tanto usía y tantos cumplimientos y deseando corresponder á ellos—podeis tomar por vuestra sola cuenta el servicio de Su Excelencia: yo avisaré esto á los demás de la servidumbre, y no tendrá que incomodarse S. E. por nada. Venid á ver conmigo la mesa para que conozcais la colocacion de las personas, el lugar en que están los vinos, y lo demás que necesario sea para servir á S. E.

El lacayo siguió al mayordomo, y muy pronto estuvo al corriente de todo.

Llegó la hora de sentarse el virey á la mesa y los convidados esperaron que S. E. lo hiciera, y luego cada uno buscó el lugar que mejor le convino.

El virey, marqués de Cerralvo, ocupó solo la cabecera; á los lados de la mesa, á su derecha se colocó el Visitador Don Martin Carrillo, y á su izquierda el presidente de la Audiencia.

Detrás de Su Excelencia, pendiente de sus menores movimientos, adivinando en sus ojos los deseos, estaba el lacayo que habia hablado con el mayordomó; él solo servia vino al virey, retiraba los platos, presentaba otros nuevos, iba y venia; pero con tanta actividad, con tanta delicadeza, que el marqués de Cerralvo no pudo menos que llamar sobre ello la atencion del visitador, con quien por razon del largo viaje que juntos habian hecho tenia mas confianza.

—¿Ha notado su señoría—dijo el virey inclinándose hácia Don Martin—qué buen servidor es este que tengo dedicado á mi persona?

—Notado lo habia—contestó el visitador—y creo que V. E. debia tomarle á su particular servicio, que criados así son raros aun en España misma.

—Tiene su señoría razon, y al levantarnos de la mesa le haré hablar, si no es que yo mismo lo hago.

El lacayo advirtió de lo que se trataba y redobló su actividad y su eficacia.

Al terminarse la comida el lacayo se inclinó, y con muestras de profundo acatamiento, dijo por lo bajo al virey:

—Perdóneme V. E. que tenga el atrevimiento de hablarle, pero es por saber si V. E. quiere dormir siesta despues de la comida, para ir á preparar todo lo necesario y esperarle en su cámara para velar su sueño.

El marqués se quedó mirando al hombre entre asombrado de su audacia y agradecido de su prevision, y luego como resolviéndose le contestó:

—Sí, prepara lo necesario, y vienes á avisarme para que me acompañes á mi cámara y me sirvas.

—¿Yá no me necesita aquí V. E.?—preguntó animado por la benevolencia del virey el lacayo.

—No.

El hombre entonces desapareció, y en un momento se informó de dónde estaba dispuesta la habitacion para S. E., y lo arregló todo, no sin causar alguna alarma á los verdaderos camaristas del virey, y volvió al instante al comedor á decir al marqués:

—Cuando V. E. quiera, todo está listo.

Poco despues se levantó el virey de la mesa, y seguido del visitador se dirigió á su cámara, en cuya puerta le aguardaba ya su nuevo servidor.

El primer dia de un vireinato, y con recepcion tan espléndida como la que México habia hecho al marqués de Cerralvo, cualquier hombre, por frio y reconcentrado que sea, se vuelve alegre, comunicativo y generoso, y el marqués no podia ser excepcion de esta regla, con tanta mas razon, cuanto que no solo él, sino su compañero de viaje Don Martin Carrillo, el visitador, eran de un carácter apacible y de un genio dulce y conciliador, á inferirse del modo con que obraron, el uno en su gobierno, y en su espinosa comision el otro.

El virey se entró á su cámara é hizo entrar tambien al visitador; el lacayo se quedó respetuosamente en la puerta.

—Ven acá—le dijo el virey.

El lacayo se aproximó.

—¿Cómo te llamas y en qué te ocupas actualmente?

—Excelentísimo señor, me llamo Benjamin Ordaz, humilde criado de V. E., y ahora no tengo destino: he venido á solicitar el servicio en el banquete solo por tener la honra de conocer á V. E. y el orgullo de haber sido el primero que le sirviera en México.

La adulacion es el veneno mas activo y el que toman todos los hombres mas fácilmente, por prevenidos que se encuentren, como el perfume del incienso, una vez desprendi-

do, nadie puede dejar de aspirarlo, penetra con el viento que da la vida, se hace sentir solo cuando ya no puede rechazarse.

—Y bien, Benjamin—dijo al mozo—¿antes qué eras tú?

—Pertenece, excelentísimo señor, á la servidumbre del marqués de Gelvez, antecesor de V. E.

—¿Y por qué lo dejaste?

El día del tumulto caí herido defendiendo una puerta, y tuve que esconderme por temor hasta que llegó V. E.

El marqués reflexionó un instante.

—Si me probaras la verdad de lo que me has dicho—exclamó el virey—te tomaria inmediatamente á mi servicio.

—Los pobres, señor excelentísimo, no tenemos facilidad de probar nada, y solo podria mostrar á V. E. mi cuerpo atravesado de un balazo, como la ejecutoria de mi lealtad; pero tengo palabras de hombre honrado que solo V. E. puede comprender, y si ellas no me valen y V. E. no me toma á su servicio, no podrá quitarme el orgullo de haber servido en esta vez al hombre que trajo la paz y la tranquilidad á estos reinos.

—Bien, pensaré—le dijo el marqués;—espera en la puerta á que te llamen; pero cierra y que nadie nos interrumpa.

Benjamin salió haciendo una humilde reverencia.

—Me retiro tambien—dijo el visitador levantándose—que V. E. querrá tal vez reposar.

—No. Yo suplico á su señoría que permanezca, porque de hablar tenemos acerca de los negocios públicos ahora que nos encontramos solos y que debemos comenzar nuestros trabajos, porque de los primeros pasos depende en todas las empresas el éxito final.

—Razon tiene S. E.

—Dígame V. S. qué opinion ha formado de México por la manera con que nos ha recibido.

—Si he de hablar la verdad, la recepcion me ha parecido demasiado suntuosa para ser sincera.

—No lo crea V. S., que esto puede ser efecto de que es cierto lo que en España se dice acerca de lo fastuosos que son los mexicanos.

—O tal vez de lo que acerca de ellos se dice tambien, que son falsos y astutos.

—No es esa, por fortuna, mi opinion.

—Debo advertir á V. E. que apenas he llegado y he recibido luego un anónimo, en que se me denuncia una gran conspiracion organizada por los criollos y próxima á estallar, que tiene por objeto la independenciam de la colonia.

Al gesto de disgusto que hizo el virey al escuchar esta noticia, correspondió, como dos relámpagos de esos que brillan casi simultáneamente en dos lados opuestos del horizonte, otro gesto de Benjamin, que espiaba tras de la puerta, sin perder una sola palabra de lo que se hablaba en el cuarto.

—¿Y qué pormenores daria V. S. acerca de esa conspiracion?—preguntó el marqués.

Benjamin contuvo hasta la respiracion para escuchar la respuesta del visitador.

—Nada mas que lo que he dicho á V. E.—contestó Don Martin:—que hay una gran conspiracion que tiene por objeto la independenciam de las colonias, y que debe estallar el día 5, es decir, pasado mañana, aprovechando los conjurados el desórden natural que en la ciudad produzcan las fiestas hechas en honor de V. E.

—Lo malo está—dijo el virey—en que poco conocemos aún á la gente de aquí; no tenemos personas de confianza,

y contamos con el natural temor de todos los comprometidos en el tumulto.

—Que son muchos, casi todos.

—¿Lo cree V. S. así?

—Estoy casi seguro de ello.

—¿Sabe V. S.—dijo el virey despues de un rato de silencio—que no seria malo valernos de este muchacho, de Benjamin, para tener noticias exactas de lo que pasa?

—Es una buena idea de V. E., porque el tal Benjamin parece leal, valeroso é inteligente, y puede sernos de grande utilidad.

Benjamin se frotaba las manos alegremente por fuera de la puerta.

—Creido me tengo—dijo el virey—que este Benjamin ha de llegar con el tiempo á ser el alma de nuestros servidores. ¿Os parece que lo llamemos?

—Como V. E. lo disponga.

Benjamin se retiró precipitadamente, y el virey sonó la campanilla de plata que habia sobre la mesa.

A la primera llamada Benjamin no acudió.

El marqués llamó segunda vez, y entonces el lacayo apareció diciendo desde la puerta:

—¿Llama V. E.?

—Sí, y por dos veces.

—Retíreme por respeto y para impedir que álguien se acercase—contestó Benjamin.

—Bien, cierra y acércate.

Benjamin cerró la puerta por dentro y seacercó respetuosamente al marqués.

—¿Conoces bien la ciudad?—preguntó éste.

—Excelentísimo señor, como á mi misma casa.

—¿Serás capaz de dar razon de cuanto se te pregunte si lo sabes, y averiguarlo si lo ignoras?

—Seguramente, señor.

—Bueno. ¿Qué has oido decir acerca de alzamientos y de tumultos?

—Además del que se hizo contra mi amo el señor marqués de Gelvez, y en el que sin meterme á juzgar, creo que tuvieron parte todos los caballeros de esta ciudad.....

El visitador dirigió una mirada de inteligencia al virey, que no se escapó á la penetracion de Benjamin.

—Hay—continuó—el rumor de que algunos criollos quieren alzarse con el reino, y que piensan dar el grito el dia 5 de este, porque dicen que en estas noches habrá grande alboroto por las fiestas que se preparan á V. E.

El visitador no pudo ya contenerse.

—Lo mismo que decia yo á V. E.; es una cosa pública.

—Permítame usía—interrumpió Benjamin—que tanto de pública no puede decírsele, porque ellos lo guardan en profundo secreto: si á usía se lo han dicho, es porque usía tiene en México muy grandes simpatías, como he oido contar por ahí.

La lisonja era fina y el visitador la tragó sin sentirla.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo muy buenos amigos y muchos conocidos.

—¿Y nada mas sabes?

—Nada mas, porque no he cuidado de averiguar mas.

—¿Qué necessitarias para estar al tanto de todo y darme avisos?

—En primer, lugar que V. E. lo disponga así, y en se-

gundo que me dé V. E. una órden para entrar y salir á palacio á todas horas y por todas partes.

—Se te dará: ¿y dinero?

—Lo dejo eso á la prudencia de V. E.

—No quedarás descontento, y esta noche tendrás todo: retírate.

Benjamin salió radiante de alegría.

X.

En donde se prueba que los que andán siempre juntos, no son siempre buenos amigos.

Doña Catalina de Armijo era una hermosa dama que vivía por una de las calles que estaban cerca del monasterio de Santo Domingo.

Doña Catalina vivía con su madre, una anciana como de cincuenta y cuatro años: ni á la madre ni á la hija se les habian conocido nunca bienes de fortuna; pero ellas habian vivido siempre con cierto lujo, merced, segun decia el vulgo, á las condescendencias de la vieja y á la arrogante figura de Catalina.

No habia en aquella casa muchas visitas, pero sí tenian siempre algun constante protector que las visitaba asiduamente y con gran confianza, á todas horas del dia y de la noche.

Primero fué un intendente, luego un oíder, despues un comerciante acaudalado, mas adelante un regidor perpetuo, un alférez real y otros varios, hasta que segun informes verídicos, Don Alonso de Rivera ocupaba aquella posicion en los dias á que nos vamos refiriendo.

El público sabia que los protectores empobrecian y se retiraban, pero algunos habian notado que al encontrarse con Doña Catalina en la calle, la saludaban como buenos amigos, lo que probaba que habian perdido la visita y la intimidad, pero no la confianza ni la buena amistad con ella.

En la casa de Doña Catalina no se veian caballos, ni carrozas, ni lacayos; un ajuar elegante y pocos criados; pero en cambio, grandes cofres con ricos servicios de plata, cajas con numerario abundante y hermosas joyas, formaban el depósito de la dama y recordaban la ruina de sus adoradores.

Doña Catalina habia comprendido y decia que la hermosura de las mujeres pasa como la forma de las nubes, y que era necesario aprovechar y guardar para la vejez, porque entonces deberia al dinero lo que en su juventud á la belleza.

No se sabia si la madre habia enseñado estas teorías á la hija, ó la hija habia convencido de ellas á la madre; lo cierto es que las dos estaban conformes en ellas.

Don Alonso de Rivera comenzó por gastar cuanto deseaba Catalina; el amor y la ilusion que le causaba aquella mujer no le hacia reparar en nada; pero sin sentirlo, sus cajas fueron agotándose, y un dia se encontró con la fatal noticia de que no tenia modo de contentar los nuevos caprichos de la dama.

El dia de la entrada del marqués de Cerralvo, Don Alonso hizo el último esfuerzo para llevar á Catalina un collar de perlas: la dama salió contenta con él, pero Don Alonso determinó tener aquel dia una explicacion formal con Catalina.

Eran las cuatro de la tarde: cuando se presentó en la casa, Catalina se mecía en una butaca negligentemente.

Don Alonso la saludó con una frialdad que comprendió

la jóven, y comenzó á torturar á su imaginacion, para encontrar un vado en aquel negocio: por fin, limpiándose la frente, tosiendo y componiéndose los puños, dijo como cortado:

—Catalina.

—¿Qué hay?—contestó la jóven volviendo el rostro con fingida curiosidad.

—Necesito que hablemos seriamente.

—Sí, ya lo habia yo comprendido.

—Bien, pues vamos á ver cómo damos prisa á esta explicacion.

—No sé para cuándo la guardais.

—Catalina, sabeis cuánto os he amado y cuánto he hecho por complaceros.

—Sí, y creo que eso á nada viene; adelante.

—En efecto—contestó algo cortado Don Alonso—pero yo creia que era un preámbulo necesario.

—Suprimidlo, es mejor.

—Pues bien, yo os amo aún....pero....es....

—Decidlo claro, ¿estais cansado de mí?

—¡Oh, Catalina! eso nunca; pero.....

—¿Qué hay pues? decidme claro.

—Que el estado de mis negocios es malo; no quiero decir por eso que estoy arruinado, pero no me creo ya capaz de soportar el gasto que yo deseara que hiciérais siempre.

—Hablad claro, decid que yo os pierdo, que os arruino, que peso demasiado sobre vos.

—¡Oh! no digais eso, por Dios, que no es lo que yo he dicho.

—Pero es lo que habeis querido decir: adelante.

—Pues.....

—Entiendo, quereis que cese todo entre nosotros, que yo os releve de vuestro compromiso, ¿es verdad?

—No, eso no precisamente.

—Pues entonces, ¿qué quereis?

—Oídme, y prometedme no enojaros con lo que voy á deciros: es un negocio importante y ventajoso para los dos; pero os lo propongo como negocio.

—Decid con franqueza, que de nada me enfadaré.

—Pues bien, yo no tengo ya dinero, y vos necesitáis y yo necesito tambien: ¿admitiríais un medio que tengo pensado, con el cual ambos, trabajando y poniendo algo de nuestra parte, podriamos hacernos de fondos sin perder la buena amistad?

—Hablad—dijo negligentemente Doña Catalina, preparándose á escuchar.

—Decia yo que hay en México una persona que reúne cualidades de tan alta estima, que me atreveria yo á proponérsela para que me sustituyese, si no en el amor que os he profesado, porque de eso no podria responder, sí en la generosa proteccion que mereceis por vuestras dotes de hermosura y talento.

—¿Y quién es esa persona?

—Es el hombre mas rico de la Nueva-España. No es jóven, pero tampoco es viejo; tiene un genio amable, y sobre todo, es un hombre enteramente solo en el mundo, sin padres, sin hermanos, sin hijos, en fin, sin herederos de ninguna especie; debiendo advertiros, ademas, que está muy lejos de ser un avaro.

—¿Y quién es ese Fénix de los hombres?—preguntó con una sonrisa de duda Doña Catalina.

—Se llama Don Pedro de Mejía. ¿Le conocéis?

—De nombre. Y en cuanto á sus riquezas, estoy segura de que es como decís; pero respecto á lo demás lo ignoraba.

—Pues yo os respondo de todo ello con mi cabeza: ¿aceptais el partido?

—Antes de resolverme, saber quisiera qué interes llevaréis en el negocio y qué ayuda prestaríais, porque dijisteis que entrambos y para ambos le haríamos.

—Así lo dije en efecto, y he aquí mis condiciones: vos y yo, señora, haremos una compañía, comprometiéndome yo á traer á Don Pedro y á influir porque caiga en vuestras redes (perdonad la palabra, señora): vos poneis de vuestra parte la seducción y el amor, yo le excito á ser generoso con vos y vos recibís sus dones, y de todo, y de la herencia, si conseguimos por algun medio obtenerla, iremos á mitad de utilidades: os advierto tambien que soy el único amigo de Mejía y el único que influye sobre él. ¿Os conviene?

Doña Catalina reflexionó.

—Meditadlo bien—agregó Don Alonso—que os importa.

—¿Os parece que consulte con mi madre?

—Como gustéis.

Doña Catalina se levantó y salió del aposento; Don Alonso quedó solo meditando su plan.

Un cuarto de hora despues volvió á entrar Doña Catalina y dijo á Don Alonso:

—Aceptado; pero con la condicion de que extenderemos un papel en que conste nuestro compromiso.

—Es inútil, porque no podria valer en juicio.

—No importa, mi madre lo quiere así.

—Cosas de las señoras grandes. Lo extenderemos.

—Ahí teneis recado de escribir; ponedlo.

—Lo pondré, á pesar de que os repito que es inútil.

—Y yo os repito que no importa.

Don Alonso escribió y luego leyó en voz alta:

«Conste por el presente cómo yo, Don Alonso de Rivera, y yo, Doña Catalina de Armijo, nos comprometemos solemnemente á hacer compañía con el objeto de conseguir que Don Pedro de Mejía contraiga conmigo, Doña Catalina de Armijo, relaciones amorosas, para lo que influiré y ayudaré yo, Don Alonso de Rivera, y que de las larguezas de dicho Don Pedro de Mejía, así como de su herencia, si conseguirse pudiese, para lo cual se harán los esfuerzos posibles, iremos á medias ambos.—Y lo firmamos en México, á 3 de Noviembre de 1624.—ALONSO DE RIVERA.»

—Firmad vos, Doña Catalina.

Doña Catalina tomó la pluma y firmó también.

Don Alonso dobló el papel y comenzó á guardarlo en la abertura de su ropilla.

—¿Qué haceis?—dijo la jóven.

—Guardar el documento.

—Tanto valia entonces no haberlo puesto.

—¿Pues qué quereis?

—Tenerle yo.

—Y yo entonces.....

—Pongamos otro igual.

—Es justo, y cada uno guarde el suyo; decís bien.

—Don Alonso sacó una copia del documento y lo firmaron ambos, y cada uno tomó el suyo.

—Estamos en regla, sois una mujer admirable; ahora vamos á combinar nuestro plan.

—Vamos.

—¿Teneis confianza en mí?

—¿Cómo no, si tengo este papel en mi poder, con el que puedo perderos el dia que quiera!

—Se entiende perdiéndoos también vos.

—Verdad; pero como yo no soy una persona de respeto en México, ni llevo amistad con Don Pedro de Mejía, mi nombre seria el de una de tantas mujeres y no causaria el escándalo que el vuestro, cubriendo tan honroso documento.

—Dejemos eso—dijo Rivera algo molesto—que no se llegará el caso de publicar ese papel; lo que quise preguntaros es, si teneis confianza en mi ingenio.

—Sí.

—Pues entonces dejadme preparar todo; seguid mis indicaciones, y yo os instruiré del papel que debeis representar.

—Convenido, vos dirigís la comedia; ¿y cuándo comienza?

—Mañana mismo, y voy á hacer los preparativos.

Don Alonso se despidió de Catalina y salió meditando en su plan de campaña.

de Ixtapalapa y siguió su camino hasta mas allá de donde alcanzaba el bullicio y la luz de la fiesta.

Llegó aquel misterioso paseante hasta la casa del Crucifijo, que conocen nuestros lectores, llamó á la puertecilla, y despues de dar las señales convenidas, entró en la casa, dirigiéndose sin vacilar y sin detenerse á la gran sala en que habia tenido lugar la junta en que fué presentado Don Leonel.

El Padre Salazar, completamente solo, escribia, teniendo delante de sí en la mesa una gran cantidad de papeles.

Al ruido que hizo el que entraba, el Padre puso instintivamente la mano izquierda sobre los papeles, y sin dejar la pluma colocó la derecha frente á la bujía para que el resplandor de ella no le impidiera descubrir á la persona que llegaba á interrumpirle.

—Buenos dias—dijo el que entraba.
—Dios los enviará—contestó el Padre sin poder reconocer aún al que le hablaba.

—Como de costumbre, ¿no me reconocerá usía?
—¡Ah, Martin! exclamó el Padre despues de un detenido exámen de su interlocutor.

—El mismo, aunque perteneciendo ya á la servidumbre de S. E. el Sr. marqués de Cerralvo.

—¿En la servidumbre del virey?
—Precisamente, y quizá quizá el hombre de su confianza.

—¿Pero cómo?.....
—No es tiempo de referir historias; bástele saber á su señoría que todo esto lo hago por cumplir con la comision que me ha dado y en servicio de la buena causa.

—¿Y qué hay de nuevo?
—Cosas muy graves y que debéis de saber, porque de ellas quizá depende el éxito de todos nuestros planes. En

XI.

En donde el virey, el visitador y el Padre Salazar se convencen enteramente de que Garatuzza era una joya.

SERIAN las ocho de la noche, y las calles de México, otras veces tan solas á esas horas, estaban llenas de gentes que paseaban y se divertian en solemnidad de la entrada del nuevo virey.

En las ventanas y en las puertas habia farolillos encendidos; los ricos los habian puesto de vidrio y los pobres de papel: en algunas casas el lujo habia llegado hasta poner en los balcones guardabrisas de cristal con bujías de cera. En las calles habia lumbradas colocadas unas en el suelo y otras sobre un pié derecho de madera con una especie de jaula de hierro en la punta, adonde se ponía á arder la leña: estas lumbradas anunciaban los puestos en donde se vendian frutas, dulces, buñuelos, *pato* ó *tamales*: la multitud se rodeaba allí de los puestos, y las damas principales no se desdeñaban de acercarse á comprar alguna cosa de las que excitaban su apetito.

Entre aquella animada muchedumbre cruzaba á toda prisa un hombre embozado en una gran capa negra, y que se conocia que iba muy preocupado; tomó el rumbo de la calle

primer lugar, estoy comisionado y facultado para espiaros y vigilaros.

—¿A mí?

—A vos precisamente, no; pero á los criollos que conspiran contra la real autoridad.

—¿Luego sabe el virey?

—Sabe que se trama una conspiracion entre los hijos de la tierra para alzarse con ella, y sabe que se preparan para dar el grito el dia 5 de Noviembre.

—¿Pero cómo lo sabe?

—Os lo diré, porque estoy al tanto de todo, y esta era la mision que me encargásteis. El visitador Don Martin Carrillo recibió hoy un anónimo que leyó al virey y que yo escuché: luego me llamaron, y para inspirarles confianza les denuncié como cosa que yo sabia, lo mismo que habia oido leer en el anónimo sin que ellos lo supiesen; de aquí vino el que me comisionaran especialmente para inquirir algo respecto á la conspiracion.

El Padre Salazar reflexionó y luego dijo:

—¿Y qué piensas contar al virey ahora?

—Eso es lo que me ha de decir su señoría.

El Padre se puso á meditar apoyando su frente en la mano en que tenia la pluma, que aun no habia soltado, y luego como inspirado por una idea repentina, cambió la pluma á la mano izquierda y escribió en un pedazo de papel; esperó que se secara, y despues lo arrugó entre las dos manos y lo entregó á Martin.

—¿Qué es esto?—preguntó Garatuza.

—Esto lo entregarás al virey diciendo que lo has visto caer de la bolsa de algun *español*; el cómo lo viste y la persona que lo traía, tú lo combinarás como mejor te parezca: leelo, si quieres, antes.

Garatuza extendió el papel y leyó; era como el fragmento de una carta.

«La orden es que el grito se dé el dia 5 porque es preciso no dar tiempo á las pesquisas sobre el tumulto, que pueden darnos triste resultado.»

«Es necesario que las sospechas de la conspiracion recaigan sobre los criollos, y apruebo lo que me decís del anónimo: así se encontrarán aislados.»

—No dejes de poner al.....(roto el papel).....que de esto depende nuestra fortuna.....

—Comprendo—dijo Garatuza.

—Bien, vete y no dejes de ponerme al tanto.

Una hora despues, el virey y el visitador, que estaban tratando de los negocios de la tierra, oyeron llamar á la puerta suavemente.

Era Benjamin.

Benjamin entró con todo el aire de un ministro de policía.

—¿Qué hay de nuevo?—dijo el virey.

—Excelentísimo señor, muy poca cosa.

—Habla.

—Pues cumpliendo con el mandato de Su Excelencia, fuí á la casa del señor oidor Don Pedro de Vergara Guviria, adonde tengo conocimiento con unos lacayos, y en donde solia escuchar eso de la conspiracion de que hablé á V. E.

—Adelante.

—Me entré al cuarto del cochero, y dos señores españoles hablaban bajo; pero yo percibí que trataban de lo mismo y mentaban mucho el dia cinco, y á los criollos, y á S. E. y al señor visitador, y luego uno sacó un papel que le enseñó á otro y lo rompió y guardó los pedazos en la bolsa de su calzon; pero uno de los pedazos se cayó, y yo le

alcé cuando se retiraron, porque tal vez sirva á S. E., porque escrito está.

—¿Y qué dice?

—No sé yo de eso de leer, y á nadie quise enseñárselo porque quizá sea importante.

—¿Dónde está?

—Aquí—dijo Benjamin sacando un papel arrugado y roto.

El lector habrá conocido que Benjamin no era otro que el mismo Garatuza, que sabia leer quizá mejor que el virey mismo.

Su Excelencia tomó el papel, lo leyó dos ó tres veces y lo pasó en silencio al visitador.

Don Martin Carrillo lo leyó tambien por dos ó tres veces, y con el mismo silencio lo volvió al virey.

—¿Español dices que era el sugeto que esta carta llevaba?

—Sí, Excelentísimo señor.

—¿Y sabes cómo se llama?—dijo el visitador.

—No, señor, pero le conozco de vista, y hoy le ví en Palacio cerca de su señoría; y si mañana viene, se lo mostraré luego á su señoría.

—Bien; espérate afuera hasta que llame—dijo el virey.

Martin ó Benjamin, como quiera llamársele, hizo una profunda reverencia y salió; pero se quedó escuchando tras de la puerta.

—¿Qué le parece á su señoría?—dijo el marqués.

—Me parece que este muchacho es vivo como la pólvora y que es un hallazgo inestimable para nosotros.

Martin se frotó las manos como acostumbraba hacerlo cuando estaba contento.

—¿Pero y esta carta?—dijo el virey.

—Esta carta nos da la llave de todo—contestó el visitador.

—No puede ser falsa.

—Por supuesto; y lo conocerá Su Excelencia en la circunstancia del anónimo contra los criollos, que era una cosa que solo Su Excelencia y yo sabiamos.

—Es una buena razon. ¿Conque lo que se pretendia era que se fijara la atencion sobre los criollos para poder los otros trabajar sin recelo?

—Y que al sentir algo la noche del 5, se tomaran providencias contra los inocentes, mientras los culpables ganaban terreno.

—Estamos realmente sobre un volcan; sin embargo, todo esto me lo habia yo figurado ya de antemano: todos los comprometidos en el tumulto han de hacer cuanto puedan por impedir que vuestra mision se lleve al cabo.

—Y lo mas sospechoso es el lugar en que Benjamin encontró la carta.

—Sí, en la casa del oidor Guviria.

—Uno de los jefes del tumulto.

—Preciso será estar alerta, ya que no lograron engañarnos.

El visitador se despidió del marqués y salió. Al abrir la puerta descubrió en la antecámara del virey á Benjamin sentado en un sitial y que dormia como un podenco.

—¡Pobre muchacho!—pensó—necesita reposo, porque verdaderamente es activo: ¡lástima que no sepa leer!

Y pasó á su lado procurando no despertarle.